

Hubo una época en que las palabras que cubrían la delicada piel de la pedagogía provenían de la voz adusta de la filosofía, aquella voz omnipotente y tonitronante que se fundía con los orígenes de nuestra forma de habitar el mundo, esa forma que aún conserva el olor de las costas griegas. Aquella voz, decía, pretendió establecer cómo y cuándo era posible decir algo sobre los sueños y anhelos al transmitir una herencia, una tradición, una *Paideia* que recogía, en un programa escolar, lo mejor de la producción de una cultura. Aquella voz, por siglos, impidió siquiera susurrar desde el lugar del maestro; sólo la voz de los "grandes maestros de la humanidad", como Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, Locke o Kant, entre otros, era legítimo escuchar. Aquella voz, poco a poco, pierde su carácter legitimador y gana en el espíritu del diálogo.

Aquella voz, adusta y omnipotente, la voz de la filosofía, empieza a gozar de las posibilidades del susurro, de la agradable sencillez de las palabras delicadas entre amigos y amantes. Ese preguntar originario que se remonta hasta los tiempos del despistado Tales, víctima de las burlas de su esclava Tracia, empieza a gozar de la risa cómplice, de la imparable risa de los amigos que descubren en los rituales acartonados lo ridículo de la situación. Ahora, mientras la palabra de la pedagogía, sin olvidar la dispersión feliz que la agita y hace seductora, se acerca a dialogar con la filosofía ya sin pretensiones legitimadoras, el encuentro es mucho más fecundo y gozoso. Ya no esperamos que esa voz que nos perturba, nos agujonea, que nos devuelve como en un espejo nuestros anhelos y sueños, pretenda ser la voz que designa nuestro lugar o nos otorga un puesto en una sutil jerarquía ontológica donde solíamos ocupar uno de los últimos lugares, junto al mito, a la charlatanería y la opinión. Ahora, desde nuestra posición abierta y receptiva, generamos nuestras propias preguntas y esperamos respuestas, no admoniciones o peticiones de plegarse a la omnipotencia de un discurso legitimador.

Es en este contexto de diálogo en que ofrecemos al lector amable y gozoso estas producciones, las mismas que continúan en la línea de hacer más pluridimensional el campo conceptual de la pedagogía y potenciar la diversidad de la biblioteca que hemos construido a través de nuestra revista. La conceptualidad de la pedagogía, la misma que alguna vez se confundió con la conceptualidad de la filosofía, especialmente en clave ética y psicológica -cuando aún ésta era "racional"-, ahora establece un diálogo donde las producciones de autores clásicos como Hobbes, Rousseau, Locke, Helvetius, Condorcet, Kant, Nietzsche, Dilthey, son interrogadas desde los conceptos y problemas de un campo que se consolida: el campo conceptual de la pedagogía. Este diálogo se extiende, también, a autores más recientes como Mead, Adorno o Apel. Igualmente, nos permite acercarnos a autoras tan nuestras, por lo de la lengua materna, como María Zambrano. Los réditos de este encuentro con la filosofía y las diversas tradiciones intelectuales habrán de beneficiar el campo, porque el preguntar aquí ensayado hace parte de ese necesario diálogo intercultural que debe caracterizar el trabajo pedagógico en la actualidad, diálogo que debe ser emprendido para desarrollar una capacidad de escucha de la polifonía de las voces, no con aspiraciones de construir un consenso.

Amable y gozoso lector, ésta es una revista que espera por usted y sólo es una revista hasta que da con el lector destinado a su discurso. ¡Ojalá que seas el lector destinado a esta revista en donde se confunden, gozosamente, las voces de la filosofía y la pedagogía!

Jesús Alberto Echeverri S.

